

# Una nueva utopía: hacia una democracia conflictiva, pero no belicosa

Óscar Carvajal Parra\*

*Para mí, una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De reconocerlos y contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos. Que solo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz. (Zuleta, 1991).*

La idea que se quiere plantear es mostrar otra episteme, es decir, aquel orden sobre el que giran todos los discursos, planteando otra ruta difícil, pero más contundente, frente a toda la problemática de la paz que se avecina como una gran tormenta. El proyecto de construcción democrática no debe seguir sostenido sobre proyectos que, aunque en algunas ocasiones parecen bien encaminados, resultan en tristes distopías. Entonces, el gran cuestionamiento es si para salir de la guerra y de la violencia que ha golpeado tanto

al país, la hoja de navegación correcta sea oponer a las armas y a la guerra un reino de amor, tranquilidad y ausencia de conflictos. Nos preguntamos si los discursos tienen que seguir girando en torno a este ensueño.

La episteme de “la paz” sobre la que gira la mayoría de los discursos sobre el posconflicto (o posacuerdo) y su idealización, cuyas metas claras y fijadas sean la eliminación de los “conflictos”, se presenta no solo como distópica, sino como un objetivo no deseable dentro de una sociedad que



Imagen tomada de [goo.gl/MPofcg].

\* Estudiante de III año de Derecho de la Universidad Externado de Colombia.

está en construcción democrática. Los conflictos y su raigambre social hacen pensar que el camino consiste en buscar y fijarse nuevas metas, nuevos nortes y nuevas utopías. Una sociedad armónica a este parecer es una contradicción entre los términos.

Todo esto exige la búsqueda de otra episteme del “conflicto”, la cual se plantea como recurso indispensable no solo para la vida colectiva de las sociedades, sino para la vida personal. Esta nueva perspectiva de las cosas da un vuelco a la visión del mundo y los discursos dominantes. La felicidad de las sociedades ya no puede ser la misma, la de los cansados y derrotados, y la utopía nueva debe tener una dimensión combativa y exigente.

Los seres humanos –concebidos en su dimensión cultural como grandes y complejas relaciones de intercambios económicos, sexuales, políticos y lingüísticos entre ellos– reflejan una idea de cultura nada homogénea. Estas características comunican fuentes plurales de proyectos como intereses y visiones del mundo contrapuestas que simbolizan la diferencia y su imperiosa necesidad de reconocimiento como derecho. Por esto, la emergencia de conflictos resulta arraigada a la capa social.

Los objetivos de una sociedad no conflictiva se plantean, además de distópicos, como no deseables. En la

vida personal y en las relaciones más próximas con los otros, en especial en el amor, resultan muy necesarios el conflicto, la contradicción y la complejidad de posibilidades, que puedan ofrecer una relación humana inquietante. La apuesta por una relación que inquiete a los amantes y los haga constantemente replantear sus opiniones sobre el amor y sobre el mundo resulta un combustible muy importante para que la relación evolucione, cambie y se transforme mientras se transforman también los amantes. Es curioso que el amor y su llama dependan de la posibilidad de que se vuelva “no-amor”, como lo plantea bellamente Fernando González en *Pensamientos de un viejo*:

Hoy sé que me amas y debía dejar de amarte, puesto que mi deseo se cumple. Pero sé también que mañana puedes no amarme y eso me hace arder eternamente en la llama sagrada. Mi ignorancia del futuro es tu gran arma contra mí. Dejaría de amarte muy pronto si fuese cierta tu promesa de que eternamente serás mía. (González, 1916).

Pues el conflicto es lo que evita la triste inercia sistémica de las relaciones para bostezar.

En la vida colectiva de las sociedades, el conflicto que emerge es el mismo motor de la vida personal. El disenso es tan importante como el consenso, así como la oposición es imprescindible para la pluralidad

de argumentos en los debates públicos y en la formación de una esfera pública, política, amplia e inclusiva. El intento por suprimir las diferencias puede llevar al dominio amplio de discursos personalistas y hegemónicos que generen la emergencia de rasgos totalitarios en las sociedades democráticas: la visión de unos como la visión de todos.

En esta visión del mundo, la felicidad cumple un papel importante, pero, sobre todo, ya no puede ser el mismo que cumplían formaciones colectivas cuya meta era el reino de la tranquilidad y la felicidad. La felicidad se encuentra ahora íntimamente atada a la dificultad, a los retos que en el ámbito personal se proponen los hombres para desplegar todas sus posibilidades, y en esto haciendo la diferencia con los entusiasmos vacíos en que él no toma lugar participativo y en el que el placer psíquico puede proporcionar la satisfacción inmediata de necesidades. En el ámbito colectivo, lo que se proponen las democracias es el esfuerzo constante y feroz por ampliar las posibilidades de participación y decisión de los ciudadanos en lo político y lo económico.

Hay que poner un gran signo de interrogación sobre el valor de lo fácil. No solamente sobre sus consecuencias, sino sobre la cosa misma, sobre la predilección por todo aquello que no exige de nosotros ninguna superación

ni nos pone en cuestión, ni nos obliga a desplegar nuestras posibilidades.

(...)

El atractivo que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una comunidad humana no problemática, basada en una palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, otorgan a sus miembros una entidad exaltada por participación, separan un interior bueno, el grupo, y un exterior amenazador. (Zuleta, 1994).

La apuesta fuerte que se hace ahora para articular esta visión de las cosas es por medio del diálogo racional. Debido a las diferencias que emergen en cada instante y que generan fallas en la comunicación y la comprensión entre todos, es necesario aprender a discutir sobre la base de argumentos, de razones que cada uno debe desarrollar con el otro en un acercamiento que tiene como principio absoluto que no hay verdad absoluta y que el otro es una constante fuente de enseñanza. Los solipsismos y las interpretaciones paranoides de la realidad social necesariamente llevan a la formación de grupos voceros de la historia y de la única verdad de las sociedades. Es muy difícil distinguir aquí entre partidos políticos y religiones, entre líderes y pastores.



Caricatura por Elkin Obregón (1991)

Imagen de Estanislao Zuleta.

Tomada de [goo.gl/4PXjb5].

La violencia es considerada acá como el fracaso del diálogo racional, de las más altas posibilidades del ser humano. Por lo tanto, Colombia debe fomentar una cultura del debate que transforme una cultura de la violencia por una cultura del respeto y del diálogo con razones. Se debe romper con los maniqueísmos, con las racionalidades amigo/enemigo y, sobre todo, con la utilización constante y reiterada en los debates políticos colombianos de la falacia *ad hominem* con la cual se descalifica al interlocutor. Se observa y se acentúa más en quién que en aquello que dice. Se discute más sobre la persona que sobre la idea. Esta transformación puede darse desde una nueva concepción de la democracia, la deliberativa, y crear espacios sociales y legales donde los conflictos se manifiesten, se resuelvan y no sean ocultados ni dejados a la latencia.

Esta nueva concepción por la que se apuesta no debe ser interpretada como una apología al caos, al odio o a la violencia. No es querer perpetuar la guerra ni pisotear las ilusiones de paz de todos los colombianos. Al contrario, lo que se pretende es una mirada crítica sobre los elementos generadores de violencia en la historia colombiana y tratar, en alguna medida, de apostar por un camino que demuestra la posibilidad de transformar la sociedad, de trabajar arduamente por emancipar la sociedad desde caminos democráticos y pacíficos que eviten las visiones simplistas, más pasionales que razonadas; de que las vías armadas son los mejores caminos para construir nuevas sociedades y luchar por los más débiles.

La auténtica democracia tiene que ser una democracia total, y esto implica que la democracia política debe ser completada por la democracia económica. Una democracia que vaya más allá del ejercicio de la ciudadanía como la titularidad de los derechos individuales, que asuma la libertad en una perspectiva de liberación y no de iguales libertades individuales, una democracia que no se reduzca a una negociación de intereses en el marco de procedimientos de voto y representatividad legislativa, una democracia que le apueste a la inclusión del otro, a la consolidación de una esfera pública desarrollada, que persigue un entendimiento ético-moral; en últimas, la consolidación

de una democracia radical. (Mejía y Jiménez, 2006).

Este proyecto encuentra su desarrollo posible en una nueva conceptualización de la democracia. Las dimensiones desconceptuantes a las que ha llegado el discurso democrático actualmente deben ser revisadas y sometidas a una crítica contundente. La visión meramente instrumental e institucional de la democracia como un simple mecanismo por medio del cual los sujetos políticos se disputan el poder es tan simplista como aterradora y en nada contribuye a la emancipación social.

La predilección por el sistema democrático no se trata de la preferencia por un eslogan estético con el cual los partidos políticos suelen adornar sus nombres y discursos y con el que se embellecen las constituciones. Esta escogencia es una apuesta seria, sobre todo por el contenido normativo y moral de la democracia. Es una lucha constante por la construcción de un sujeto político que piense, que razone las decisiones y que tenga canales cada vez más participativos y menos representativos: el sujeto llamado pueblo.

¿Son suficientes los canales comunicativos existentes para una concepción radical de la democracia? Los conflictos derivados en violencia demuestran que no. No solo no son suficientes los que reconoce la ley, sino que es indispensable pensar en

nuevos mecanismos, como la desobediencia civil y su futura legitimación constitucional. La desobediencia civil, planteada en los términos de Habermas, es un dispositivo simbólico que actualiza los contenidos democráticos de las sociedades haciendo una crítica directa a la representatividad y con un carácter que, si bien es trasgresor de la ley, sigue siendo un acto público y no violento (Mejía y Jiménez, 2006). La justificación es una visión amplia de la Constitución como un proyecto inacabado, como una utopía que necesita pinceladas constantes.

Una persona puede llegar a ser libre mediante actos de desobediencia, aprendiendo a decir no al poder. Pero no solo la capacidad de desobediencia es la condición de libertad. La libertad es también condición de la desobediencia. En verdad, la libertad y la capacidad de desobediencia son inseparables. De ahí que cualquier sistema social, político y religioso que proclame la libertad, pero reprima la desobediencia, no puede ser sincero. (Fromm, 1984).

La sociedad colombiana como una democracia deliberativa que genere nuevos canales de comunicación, que amplíe los poderes decisorios y participativos del pueblo, que reconozca el conflicto como un elemento estimulante del cambio, del pensamiento e impulse el desarrollo del debate racional sin caer en lo belicoso ni en la violencia es la nueva utopía por fijarse.

